

Demonios y fantasmas

Encuentro de Bashevis Singer con su hijo

José Gordon

Es el año de 1955. Un hombre camina con su hijo por las calles de Nueva York. Son las cinco de la tarde. El hijo de veinticinco años observa a su padre vestido con traje, corbata y sombrero. En las manos del viejo se puede ver una bolsa de papel. Sus pasos son lentos. Se detiene. Su mirada busca las azoteas de los edificios. Por fin encuentra un rumor alado. Saca de la bolsa unas semillas y arroja un puñado a la banqueta. Las palomas se apresuran a picotearlas a sus pies. El viejo sonríe. Le dice a su hijo: “Estas palomas son criaturas de Dios. ¿Quién de nosotros puede asegurar que no reencarnará en una criatura con alas en la próxima vida?”.

El hijo se queda sorprendido. Su visión del mundo no podría estar más lejos de la de su padre. Cuando el novelista Isaac Bashevis Singer emigró de Europa en 1935, dejó atrás a su esposa y a un hijo de cinco años. Les prometió que los traería en cuanto pudiera asentarse. Eso nunca ocurrió. Bashevis

pensó que habían desaparecido para siempre bajo las cenizas del Holocausto. Pasaron los años y un día, como en una historia de sus novelas, le llegó una carta de unos fantasmas que estaban vivos. El hijo vivía en Israel.

La comunicación era difícil. Las cartas aparecían esporádicamente. Dominaba el recelo y la desconfianza. Transcurrieron varios años antes de un encuentro cuyo sólo prospecto ponía nerviosos tanto al padre como al hijo. Después de veinte años de separación, ¿quién era esa persona a la que se le debía llamar padre? ¿Cuál era la forma de pensar de un hijo que para efectos prácticos era un extraño?

En el libro *Viaje hacia mi padre*, Israel Zamir (el apellido en hebreo es la traducción de Singer, que a la vez se traduce como cantante), narra los pormenores de lo que fue a la vez un desencuentro y un encuentro. Zamir estaba formado en la ideología socialista. Vivía en un *kibutz*. Su visión del mundo era la de un materialismo marxista ortodoxo. Por eso es más notable la sorpresa que siente al caminar con su padre por las calles de Nueva York y ver su trato con las palomas. Lo describe así:

Sus pies caminaban en el siglo veinte, pero sus oídos estaban sintonizados a voces secretas y misteriosas.

—¿Realmente crees en esas fuerzas?, —le preguntó incrédulo.

Bashevis sonrió. ¿Le iba a entender o iba a escuchar lo que quería escuchar? Sin embargo, le respondió:

—Sí, yo creo que esas fuerzas existen. No las vemos, pero son parte integral de nuestras vidas. No sé de cierto quién es un demonio y quién es un fantasma. Eso son sólo nombres, pero los fantasmas y los demonios son parte intrínseca de nuestra experien-

cia. Algunas veces esas fuerzas son benevolentes y nos ayudan, en otras ocasiones son malévolas y operan en contra nuestra. Si lo quieres ver así, ésta es la perversión de la realidad. Pienso que en el futuro se llegará a probar que estas criaturas no son sólo una expresión del folclore sino hechos tangibles.

Bashevis toma otro puñado de semillas. Las esparce sobre el suelo. Zamir describe cómo una de ellas se posa en el sombrero de su padre. Bashevis ríe como niño. Él pensaba que las palomas ya lo conocían y lo esperaban diariamente. Le explica a su hijo que una paloma no se posa en la cabeza de cualquier persona que camina por Broadway. Con su intuición divina pueden distinguir a un escritor que nunca les hará ningún daño.

Zamir le pregunta a su padre si en verdad cree en esas supersticiones, le jura que no le va a decir a nadie el secreto:

—¿Realmente crees en los demonios y en los fantasmas o sólo se trata de un *truco* literario para lidiar con temas complicados que no tienen una solución racional?

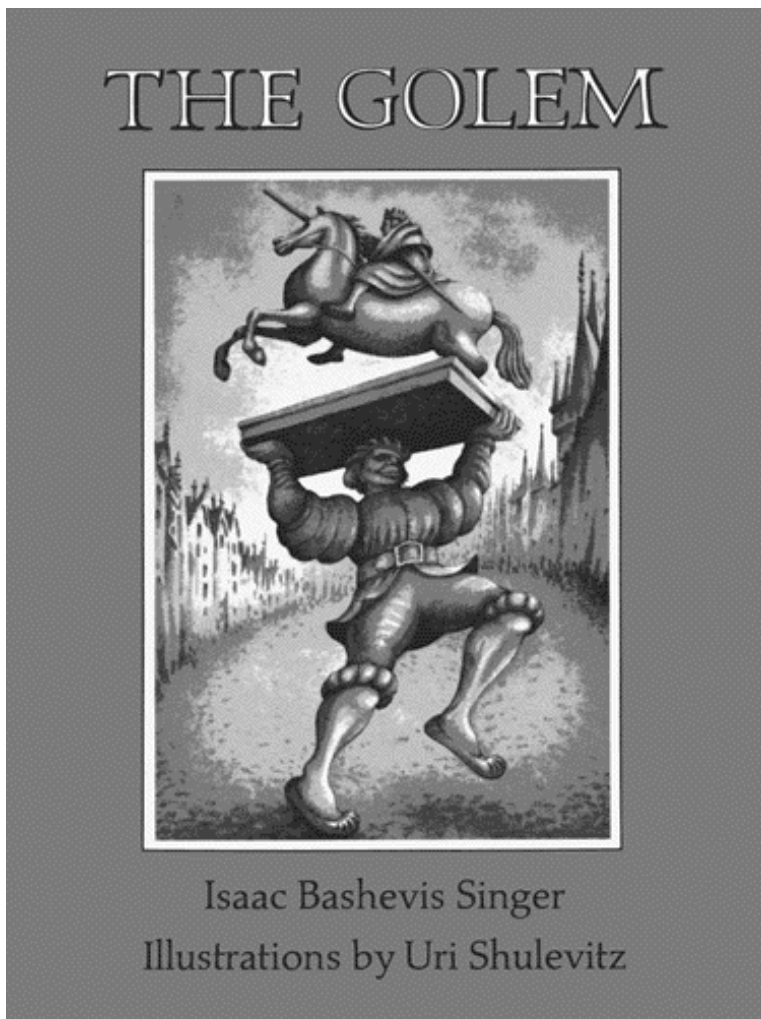
Bashevis sonríe. Mueve la mano como queriendo decir que ese tipo de discusiones son una pérdida de tiempo. Sin embargo, le responde:

—Yo sé que los materialistas como tú piensan que los demonios y los fantasmas son puras supersticiones, pero deberías saber que hoy en día muchos científicos se han enfrentado a hechos que no pueden ni explicar ni negar. Los materialistas les ponen a esos fenómenos nombres como telepatía o intuición, pero esas fuerzas nos acompañan todo el tiempo. Si no las tienes no eres una persona. Sin ellas no hay amor. ¿Tienes novia?

Zamir le habla de ella a su padre. Bashevis le pregunta:



Isaac Bashevis Singer



—¿Algunas veces has sabido exactamente lo que piensa tu novia sin que ella te haya dicho algo?

El hijo le responde que eso le sucede con frecuencia. Bashevis ríe. Le dice que no hay amor sin telepatía, no hay conocimiento sin instinto. Abunda:

—Hemos sustituido la palabra Dios por naturaleza, pero qué es la naturaleza, cómo funciona, cuáles son sus leyes. ¿Se pueden ver todas sus fuerzas? ¿Qué es lo que las mantiene en operación?

El novelista concluye:

—La diferencia entre nosotros y la gente religiosa es que nosotros llamamos *naturaleza* a lo desconocido. Los religiosos le llaman Dios. Nuestro conocimiento del mundo es práctico. Sabemos usar algunas de las reglas de la naturaleza, pero esto es sólo un uso externo.

Sopla en ese momento un viento frío. Bashevis se detiene el sombrero para que no vuele. Se despide de las palomas.

Zamir no entendió y a la vez entendió. Se le había abierto el mundo de su padre.

En algunos de sus viajes volvió a caminar junto con él por las calles de Nueva York.

En un programa de televisión vi una de estas escenas. Los dos son mucho más grandes. En 1978 el escritor ya había obtenido el Premio Nobel de Literatura. Zamir está abrigado con una chamarra azul grande. Bashevis cubre su traje con un abrigo. Lleva puesto su sombrero. Su imagen en movimiento es registrada por la cámara. Por un instante, su mirada fantasmal se cruza con la del espectador. **||**

Después de veinte años de separación, ¿quién era esa persona a la que se le debía llamar padre? ¿Cuál era la forma de pensar de un hijo que para efectos prácticos era un extraño?